

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron apiñados sobre los teucros y en las naves resonaban de un modo horrible los gritos de los aqueos. Cuando los teucros vieron al esforzado hijo de Menetio y a su escudero, ambos con lucientes armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron. Figurábase que el Pelida, ligero de pies, había renunciado a su cólera y volvía a ser amigo de Agamenón. Y cada uno miraba adónde podría huir para librarse de una muerte terrible.

Patroclo fue el primero que tiró la reluciente lanza allí donde más hombres se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Proteo; e hirió a Pírocles, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio, de ancha corriente, a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; el guerrero, dando un gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los demás peonios huyeron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía en el combate. De este modo Patroclo los echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. El navío quedó allí medio quemado, los teucros huyeron con gran alboroto, los dánaos se dispersaron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como Júpiter fulminador quita una densa nube de la elevada cumbre de una montaña y se descubren

los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego destructor; pero no por eso hubo tregua en el combate. Porque los teucros no huían a carrera abierta, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún resistían, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre: El esforzado hijo de Menetio, el primero, hirió con la aguda lanza a Areilico, que había vuelto la espalda para huir: el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el teucro dio de ojos en el suelo. El belígero Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y dejó sin vigor sus miembros. El Filida, observando que Anficlo iba a acometerle, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la pierna, donde más grueso es el músculo; la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la broncea lanza a Atimnio, clavándosela en el ijar, y el teucro cayó de pechos en el suelo; el hermano de éste, Maris, irritado por tal muerte, se le puso delante y arremetió con la lanza a Antíloco; entonces el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, se le anti

cupó y le hirió en la espalda: la punta desgarró - el tendón de la parte superior del brazo y rompió - el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obs - curidad cubrió sus ojos. De tal suerte, estos dos - esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles tirado - res, e hijos de Amisodaro, el que crio la indoma - ble Quimera, causa de males para muchos hombres, - fueron vencidos por los dos hermanos y descendie - ron al Erebo. -Ajax de Oileo acometió y cogió vi - vo a Cleóbulo, atropellado por la turba; y le qui - tó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada - provista de empuñadura: la hoja entera se calentó - con la sangre, y la purpúrea muerte y el hado - - cruel velaron los ojos del guerrero.- Penéleo y - Liconte fueron a encontrarse, y habiendo arrojado - sus lanzas en vano, pues ambos erraron el tiro, se acometieron con las espadas: Liconte dio a su ene - migo un tajo en la cimera del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió jun - to a la empuñadura; Penéleo hundió la suya en el - cuello de Liconte, debajo de la oreja, y se lo -- cortó por completo: la cabeza cayó a un lado, sos - tenida tan sólo por la piel, y los miembros perdie - ron su vigor. -Meriones dio alcance con sus lige - ros pies a Acamante, cuando subía al carro, y le - hirió en el hombro derecho: el teucro cayó al sue - lo, y las tinieblas cubrieron sus ojos. -A Eriman - te metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: -

la lanza atravesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los dientes; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la muerte, cual si fuese obscura nube, envolvió al guerrero.

Cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces lobos acometen a cor - deros o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el monte por la impericia del pastor, pues así que aquéllos los ven se los llevan y des - pedazan por tener los últimos un corazón tímido; - así los dánaos cargaban sobre los teucros, y éstos, pensando en la fuga horripsona, olvidábanse de mos - trar su impetuoso valor.

El gran Ajax deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de bronce; pero el héroe, - que era muy experto en la guerra, cubriendo sus an - chos hombros con un escudo de pieles de toro, esta - ba atento al silbo de las flechas y al ruido de -- los dardos. Bien conocía que la victoria se incli - naba del lado de los enemigos, pero resistía aún y procuraba salvar a sus compañeros queridos.

Como se va extendiendo una nube desde el Olim - po al cielo, después de un día sereno, cuando Júpi - ter prepara una tempestad; así los teucros huyeron de las naves, dando gritos, y ya no fue con orden - como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de ---

allí, con sus armas, los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los teucros, a -- quienes detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo los carros de -- los caudillos por el extremo del timón, los dejaron en el mismo. -Patroclo iba adelante, exhortando ve<sup>h</sup>ementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los teucros; los cuales, una vez puestos en desorden, llenaban todos los caminos huyendo con gran -- clamoreo; la polvareda llegaba a lo alto debajo de las nubes y los solípedos caballos volvían a la ciudad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde veía a los enemigos más desordenados, allí se encaminaba vociferando; los guerreros caían de bruces debajo de los ejes de sus carros, y éstos volcaban -- con gran estruendo. Al llegar al foso, los caballos inmortales que los dioses dieran a Héctor como espléndido presente, lo salvaron de un salto, deseosos de seguir adelante; y cuando a Patroclo el ánimo le llevó hacia Héctor para herirle, ya los veloces corceles se lo habían llevado. Como en el otoño descarga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Júpiter hace caer violenta lluvia, irritado contra los hombres que en el foro dan sentencias inicuas y echan a la justicia, no temiendo la venganza de los dioses; y los ríos saleh de madre y los torrentes cortan muchas colinas, braman al correr desde lo alto de las montañas al mar purpúreo y destruyen las-

labores del campo; de semejante modo corrían las yeguas troyanas dando lastimeros relinchos.

Patroclo, cuando hubo separado de los demás -- enemigos a los que formaban las últimas falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de permitirles que subiesen a Troya; y acometiéndoles entre las naves, el río y el alto muro, los mataba para vengar a muchos de los suyos. Entonces envasóle a Prónoo la lanza en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le dejó sin vigor los miembros: el teucro cayó con -- estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Enope, que se hallaba encogido en el lustroso asiento y en su turbación había dejado que las riendas se -- le fuesen de la mano: clavóle desde cerca la lanza en la mejilla derecha, se la hizo pasar a través de los dientes y lo levantó por cima del -- barandal. Como el pescador sentado en la roca saca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del anzuelo, así Patroclo, alzando la reluciente lanza, sacó del carro a Téstor con la boca -- abierta y le arrojó de cara al suelo; el teucro, -- al caer, perdió la vida. -Después hirió de una -- pedrada en medio de la cabeza a Erilao, que a acometerle venía, y se la partió en dos dentro del -- fuerte casco: el teucro dio de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte. -Y sucesiva-

mente fue derribando en la fértil tierra a Erimante, Anfótero, Epalteo, Tlepólemo Danastórida, E-  
quio, Pires, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

Sarpedón, al ver que sus compañeros, de corazas sin cintura, sucumbían a manos de Patroclo Menetíada, increpó a los deiformes licios:

"¡Qué vergüenza, oh licios! ¿A dónde huís? Sed esforzados. Yo saldré al encuentro de ese hombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los teucros, pues ya a muchos valientes les ha quebrado las rodillas."

Dijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se apeó del suyo. Como dos buitres de corvas uñas y combado pico riñen, dando chillidos, sobre elevada roca, así -- aquéllos se acometieron vociferando. Viólos el hijo del artero Saturno, y compadecido, dijo a Juno, su hermana y esposa:

"¡Ay de mí! El hado dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, sea muerto por Patroclo Menetíada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: ¿Lo arrebataré vivo de la luctuosa batalla, para dejarlo en el opulento pueblo de la Licia, o dejaré que sucumba a manos del Menetíada?"

Respondióle Juno veneranda, la de los ojos grandes: "¡Terribilísimo Saturnio, qué palabras --

proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la -- muerte horripsona a ese hombre mortal, a quien -- tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria: Pien-  
sa que si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá sacar a su hijo del duro -- combate, pues muchos hijos de los inmortales pe-  
lean en torno de la gran ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero si Sarpedón te es caro y tu corazón le com-  
padece, deja que muera a manos de Patroclo en reñi-  
do combate; y cuando el alma y la vida le abandonen, ordena a la Muerte y al dulce Sueño que lo --  
lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan exequias y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos."

Así dijo. El padre de los hombres y de los -- dioses no desobedeció, e hizo caer sobre la tierra sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar en la fértil-Troya, lejos de su patria.

Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patroclo arrojó la lanza, y acertando a dar -- en el empuje del ilustre Trasidemo, escudero valeroso del rey Sarpedón, dejóle sin vigor los --

miembros. Sarpedón acometió a su vez; y despidiendo la reluciente lanza, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó mientras perdía el vital aliento. El caballo cayó al polvo, y el espíritu abandonó su cuerpo. Forcejearon los otros dos bridones por separarse, crujó el yugo y enredáronse las riendas a causa de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedonte, famoso por su lanza, halló el remedio: desenvainando la espada de larga punta que llevaba junto al fornido muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se enderezaron y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con roedor encono.

Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquella pasó por cima del hombro izquierdo de Patroclo sin herirle. Patroclo despidió la suya y no en balde; ya que acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó el héroe como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas hachas los artifices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Como el rojizo y animoso toro, a quien devora un león que se ha presentado en la vacada, brama al

morir entre las mandíbulas de la fiera; así el caudillo de los licios escudados, herido de muerte por Patroclo, se enfurecía; y llamando al compañero, le hablaba de este modo:

"¡Caro Glauco, guerrero afamado! ¡Ahora debes portarte como fuerte y audaz luchador; ahora te ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. Ve por todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y defiéndeme tú mismo con la pica. Seré para ti motivo constante de vergüenza y oprobio si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me despojan de la armadura. Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército!"

Así dijo; y el velo de la muerte se extendió por sus ojos y su rostro. Patroclo, sujetándole el pecho con el pie, le arrancó el asta; con ella siguió el corazón, y salieron a la vez la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los corceles de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro de sus dueños.

Glauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón; se le turbó el ánimo porque no podía socorrerle; y apretándose con la mano el brazo herido por una flecha que Teucro le tirara, cuando él asaltaba el muro y el aqueo defendía a los suyos, oró de esta suerte al flechador Apolo:

"Oyeme, oh soberano, ya te halles en la opulenta Licia, ya te encuentres en Troya; pues desde -- cualquier lugar puedes atender al que está afligido, como lo estoy ahora. Tengo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se seca; el hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear con los enemigos. Ha muerto un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Júpiter, que ya ni a su prole defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame fortaleza para que mi voz anime a los licios a batallar y yo mismo luche en defensa del -- cadáver."

Tal fue su plegaria. Oyóle Febo Apolo y en seguida calmó los dolores, secó la negra sangre de la grave herida e infundió valor en el ánimo del teucro. Glauco, al notarlo, se holgó de que el -- gran dios hubiese escuchado su ruego. En seguida -- fue por todas partes y exhortó a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. -- Después, encaminóse a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamante Pantoida, al divino Agenor, a Eneas y a Héctor armado de bronce; y deteniéndose cerca de los mismos, dijo estas aladas -- palabras:

"¡Héctor! Te olvidas completamente de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los amigos y de la patria, y ni socorrerles quieres. Yace en-

tierra Sarpedón, el rey de los licios escudados, -- que con su justicia y su valor gobernaba la Licia. El férreo Marte lo ha matado con la lanza de Patroclo. Oh amigos, venid e indignaos en vuestro corazón: no sea que los mirmidones le quiten la armadura e insulten el cadáver, irritados por la muerte de los dánaos a quienes hicieron perecer nuestras picas junto a las veleras naves."

Así se expresó. Los troyanos sintieron grande e inconsolable pena, porque Sarpedón, aunque forastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a la misma muchos hombres y en la pelea los superaba a todos. Con grandes bríos dirigiéronse -- aquéllos contra los dánaos, y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo Menetiada, de corazón valiente, animó a los -- aqueos: y dijo a los Ayaces, que ya de combatir -- estaban deseosos:

"¡Ayaces! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como habéis sido hasta -- aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que -- primero asaltó nuestra muralla. ¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarle, quitarle la armadura de los hombros y matar con el cruel bronce a alguno de sus compañeros que lo defienden!.."

En tales términos les habló, aunque ellos ya deseaban derrotar al enemigo. Y troyanos y licios